haciendo en sentido inverso el mismo viaje que yo acababa de hacer, se fué á saludar á mi madre.

—¿Cómo está usted, señora?—la dijo, cogiéndola una mano y besándosela respetuosamente, y añadiendo sin darla tiempo á contestar:—Yo he tenido muchas veces el gusto de ver á usted, aunque nunca la satisfacción de hablarla; pero ahora...

—Sí, también yo la recuerdo á usted mucho—la interrumpió mi madre—de haberla visto á usted en la Blanca y en la Festosa, y sabía por mi hijo que tenía usted la amabilidad de tratarle...

—Honrándome en ello...

—Muchas gracias...

—De modo que usted me perdonará que haya aprovechado esta primera ocasión...

—Con mucho gusto mío... No es caso de perdón, sino de agradecimiento...

Cuando el padre de Payito y yo acabamos de hacernos los cumplimientos que son de costumbre, me dijo:

—Ahora hágame usted el favor de presentarme á su mamá, pues mi hija ya se ha presentado ella sola.

—Se conocían mucho de vista,—le dije.

Y dando con él la vuelta á la mesa, le llevé á presentarle á mi madre, como deseaba.

—Este es mi padre—la dijo Payito en

cuanto llegamos, sin aguardar á que yo hablara,—que deseaba mucho conocer á ustedes por lo que yo le refería...

—Sí—añadió él:—mi hija me hablaba siempre de ustedes con tal entusiasmo, que tenía ya verdadero deseo de conocer á ustedes y de ponerme á su servicio, como tengo el honor de hacerlo ahora...

—Muchísimas gracias,—dijimos mi madre y yo á un tiempo...

Después del saludo y de las frases de cortesía que reclamaba el caso, hija y padre se fueron otra vez á su sitio.

—¡Qué amable es la chica y qué llana! —me dijo mi madre á media voz cuando se marcharon.

—Sí—la dije yo,—es muy tratable.

Mientras la comida, padres é hijos cambiamos algunas palabras, aunque pocas, porque no se podía hablar con comodidad. Era la mesa algo ancha, y además hacían mucho ruido los permanentes en la cabecera, discutiendo sobre la última corrida de novillos, de modo que era necesario levantar demasiado la voz para entenderse.

Pero ya que no hablar, lo que hice yo fué mirar mucho á Payito, que estaba hermosísima, con un simple traje de escocesa y una flor en el pelo, contrastando aquella elegante sencillez con el mal gusto de otras señoras que había por allí cerca, ma-

terialmente cargadas de pedrería. Siempre suele Payito «vestirse poco», ya sea por inclinación á lo sencillo, ya por convencimiento de que para parecer bien la bastan sus gracias naturales...

Debo confesar con franqueza que desde luego comenzó á recobrar en mi corazón el terreno perdido...

A ello contribuía, no solamente su hermosura, que era aquella noche, y es para mí siempre, irresistible, sino también y muy poderosamente el juicio de mi madre, que, lejos de serla hostil, la era favorable en principio... «¡Qué amable es!» había exclamado con verdadera espontaneidad. Y esto era ya mucho realmente.

En cuanto llegaron á los postres los que habían empezado á tiempo á comer, pues mi madre y yo íbamos más atrasados, se levantó Payito de donde estaba y se vino al lado nuestro, cogiendo y tratando de acercarse una silla. Se la quité de la mano, y corriendo la mía un poco hacia abajo, se la puse al lado de mi madre, donde en seguida se sentó y comenzó á hablar tan afectuosamente con ella como si fueran amigas de toda la vida. Poco después vino también el padre á sentarse junto á mí y entablar conversación, algo desatendida de mi parte por atender á la que con mi madre tenía Payito.

Comenzó preguntándola si íbamos á estar allí muchos días, y se afligió al oir que sólo hasta la tarde del siguiente.

—¡Ay, qué poco!—decía con encantadora naturalidad.—¡Yo que me había ya forjado la ilusión de estar aquí con usted unos días, y estaba tan contenta!...

—¡Muchas gracias!—la contestaba mi madre.—No podemos estar más porque ya hemos avisado el día que vamos, y nos esperan... No hemos entrado por aquí más que de paso, por hacer unas compruchas de poca importancia y ver á Santander, ya que pasábamos cerca.

—¿No había estado usted aquí nunca?...

—No, nunca, hasta ahora.

—¿De manera que no conoce usted la población?...

—Lo que hemos visto esta tarde: el muelle, que nos ha gustado mucho, y poco más...

—Pues yo saldré con usted mañana, si usted quiere...

—¡Ay, no! Muchísimas gracias...

—Sí, señora... ¿por qué no?... Dice usted que tiene que comprar algunas cosas...

—Sí, cuatro chucherías...

—Bueno: pues como usted no sabe las tiendas, voy yo con usted á enseñárselas. Yo llevo aquí ya un mes largo... Es decir, aquí en la ciudad no he estado más que

ocho días cuando vine, allá por las ferias, y cuatro ó cinco ahora: lo demás del tiempo hemos estado en el Sardinero, pero muchos días venía con el aya á dar una vuelta: de suerte que conozco esto bien, ya sé dónde está todo, y puedo servirla á usted de guía... Porque aunque tiene usted aquí á su hijo, que sabrá...

—No: tampoco ha estado aquí nunca, ni sabe más que yo.

—Y aunque supiera, señora: iba á decir que sabría las calles; pero aunque las supiera, á los hombres parece que no se les amaña bien ni les gusta ir con nosotras á los comercios: lo veo por papá... De modo que ya sabe usted: á la hora que á usted la parezca mejor, me manda usted recado por la camarera... estamos en el número 5, ella ya sabe... y vengo y la acompaño á usted.

—No, no, Amparito: no quiero que usted se tome tanta molestia...

—¡Ay! ¡Si no es molestia ninguna, Condesa, créame usted, sino al contrario, grandísimo placer para mí!... Usted no puede figurarse cómo la quería yo á usted ya antes de tener la fortuna que he tenido esta noche... Me fué usted tan simpática desde la primera vez que la ví!... ¡Si supiera usted el deseo que yo tenía de ser amiga de usted!... Cuando estaba algo cerca de usted en la Blanca y en la Festosa ¡me daba una pena el no poder hablarla!... Así es que ahora que ya tengo esa dicha, no me prive usted de disfrutarla todo lo posible, estando con usted el mayor tiempo que pueda dentro de lo poco que van ustedes á detenerse...

—Es usted muy amable...

—Muchas gracias... Digo las cosas como las siento, créame usted. Si no lo sintiera, me callaría, porque no sé decir una cosa por otra... Soy así...

—Así se debe ser...

—¡Ay! Pues ahora me alegro más de ser así, como á usted la gusta... Bueno... quedamos en que mañana me avisará usted... ¿sí, Condesa?... A la hora que usted guste... No importa que sea muy de mañana, todo lo de mañana que usted quiera, porque yo me levanto siempre temprano para ir á misa...

—También yo tengo que ir á misa.

—¡Ah! pues vamos juntas también, si usted quiere... O me manda usted recado, ó me dice usted desde luego la hora, y voy por la habitación de usted, ya dispuesta, y nos vamos... Podemos ir á la Compañía, que está cerca... La Catedral tampoco está lejos; pero hay que subir un poco de barga, y si acaso usted siente...

—No, eso no lo siento nada: ando muy bien, gracias á Dios.

—Entonces es lo mismo... Yo suelo ir á la Compañía, porque el primer día que fuí me encontré diciendo misa al P. Azpeitia, que estuvo en Méjico, y era mi confesor allá... y me alegré tanto... Por eso parece que me gusta más ir allí; pero iremos á donde usted quiera...

—Yo quiero á donde usted me lleve...

—Bueno, pues á la Compañía... Verá usted qué bien... Y después de oir misa nos vamos de tiendas, compra usted esas cosas que ha dicho, y luego nos volvemos á casa...

—Perfectamente. Ya que usted se empeña, aquí me tiene usted dispuesta á aprovecharme de su amabilidad...

—No: á que yo me aproveche de la de usted, Condesa, porque yo soy la que voy ganando...

—Para con Dios no digo que no, si lo sufre usted con paciencia; porque va usted á hacer una obra de misericordia: enseñar al que no sabe...

—¡Ay, no, señora! Para con Dios nada ganaré, desgraciadamente, porque lo hago con tanto gusto, que me dirá que ya en ese gusto he recibido mi recompensa.

—Muchas gracias...

—No, no las merezco... ¿Y á qué hora

quiere usted que salgamos, Condesa?...

—Si no la parece á usted muy temprano, á las ocho...

—No, señora; ni á las siete... Me levanto siempre antes.

—Entonces á las siete y media, si la parece á usted... Para oir misa con sosiego y tener tiempo de todo...

—Bueno: á las siete y media... Y después que vengamos de compras, allá á las diez y media ó las once, podemos volver á salir con Alvarito y con papá, y vamos al Sardinero á que vean ustedes aquella playa... Podemos ir para allá en el tranvía de vapor que va por la Magdalena, por toda la orilla de la bahía hasta la barra, y luego por la orilla del mar, con unas vistas preciosas, y volver en coche por el paseo de la Alta, que también es bonito. Allí están haciendo unos hoteles...

—Mira, Payito, que estos señores han venido hoy de viaje y querrán descansar: no te embebas tanto en la conversación,—dijo el padre á la hija, viendo que ya nos íbamos quedando solos...

—No, papá: estamos arreglando el plan para mañana, si Dios quiere,—le contestó ella.

—Bueno, hija; pero no seas pesada,—la dijo él.

—¡Ay! no, señor—le replicó mi madre

en seguida.—No diga usted eso, por Dios... ¡Si es tan agradable!...

—Muchas gracias, señora—dijo él;—pero ustedes, por más que sea, siempre vendrán algo cansados...

—No gran cosa—le dije yo,—porque descansamos en Torrelavega, y desde allí acá es tan corto el trecho...

—De todas maneras—insistió levantándose,—ya va siendo buena hora... y cuando se viene de viaje, aunque no sea largo...

Salimos todos del comedor, nos acompañaron padre é hija hasta la puerta de nuestra habitación, y despidiéndose muy amistosamente, echaron á andar por el pasillo.

—Ahí me tendrá usted á las siete y media, Condesa,—dijo todavía Payito desde lejos.

—Bien: aquí la espero á usted,—la contestó mi madre.

Entramos en la habitación que nos abrió la camarera, y en cuanto nos quedamos solos, volvió mi madre á decirme:

—¡Qué cariñosa es la chica, y qué llana y qué afable!... No tenía yo idea de que las americanas eran así...

—Sí, mamá—la dije:—pues yo varias veces he oído que en la América española se conserva mucho el antiguo trato español, franco y noble, la afabilidad cristiana de nuestros abuelos llevada allí por los

que fueron á conquistar y á civilizar aquellas regiones salvajes; mientras que acá nos hemos contagiado mucho de la comiquería francesa, y no poco del frío y estúpido formalismo de los ingleses...

—Eso sí es verdad... Y algo hemos mejorado de algún tiempo á esta parte, pues cuando yo era muchacha aún estaba más en auge lo inglés, y el trato era más frío y menos natural que ahora...

—Pues todavía deja mucho que desear, y no tiene comparación con lo que debió de ser antiguamente ni con lo que dicen que es hoy en América. Me contaba hace años en Madrid un señor de Puerto Rico, que allí no tanto, porque están más en contacto con los españoles de ahora, pero en Venezuela, donde él iba muchas veces, porque era de allí su madre, la primera vez que ven á uno le tratan ya como si fuera amigo íntimo ó como si fuera hermano. Me decía que varias veces le había sucedido á él en casa de sus parientes comer con un desconocido, con un viajero que, al pasar por delante de la puerta, preguntaba si iba bien para tal ó cual parte, ó si había algún mesón ó parador por allí cerca, y la contestación era hacerle apearse, cuidarle la caballería, sentarle á él á la mesa con la familia, y despedirle afablemente después de la comida y del café con un «vaya con

Dios, amigo», probablemente para no volverle á ver nunca. Lo mismo creo que sucede en los demás países educados y civilizados por España; y es natural, como que la Religión cristiana, cuyo espíritu dominaba entonces en nuestras leyes y en nuestras costumbres, enseña á considerar al hombre, aunque sea desconocido, como á un hermano, mientras que los filósofos protestantes y racionalistas, siguiendo en esto como en todo á los gentiles, enseñan á considerarle como á un lobo. También de Méjico he oído decir que se conservan allí muchas de las antiguas costumbres cristianas de Castilla y de León, mejor que acá por estos reinos.

—Yo no sé...—dijo mi madre queriendo volver á su tema:—lo cierto es que esta chica es muy afable y muy amistosa.

—Sí, es sencilla y franca.

—El padre ya no me gusta tanto... Parece algo zorro...

—Verdad es que parece más reservado.

—Y luego tiene un mirar así... como de quien está dispuesto á cualquier cosa... No debe de ser bueno...

—No tiene la mejor traza; pero... ¿quién sabe?...

—Es verdad que no se puede juzgar así, nada más por una impresión... ¡Jesús! Dios me perdone. No hagas caso, hijo mío... Puede que sea bastante mejor que yo... pero quería decir que no me gusta como su hija... Lo que es la hija, es muy amable... y parece buena...

—No creo que sea mala.

—Sí, tiene arte de ser buena... además de ser guapa, porque hay que convenir en que como guapa...

—Es guapa, sí.

—Y no es tonta; tiene talento, pues á pesar de haber hablado mucho conmigo y de haber estado muy expansiva, no ha dicho ninguna simpleza...

Seguimos hablando todavía un rato de Payito y de su padre; después rezamos el rosario, y luego yo me pasé á mi gabinete y nos acostamos.

No pude dormir. Haciendo calendarios y discurriendo y metiéndome en confusión y volviéndome tarumba pasé toda la santa noche. La tranquilidad conquistada últimamente había volado. La presencia de Payito con su fascinadora hermosura, y el agrado con que mi madre empezaba á tratarla, habían echado por tierra en un momento el inseguro andamio de mis propósitos. La mejicana se volvía á enseñorear de mi corazón, sin encontrar casi resistencia, durante la oscuridad de la noche. Mi prima, que desde hacía un mes reinaba en él pacíficamente, apenas ocupaba ya á la madrugada

más que un rinconcito como de limosna.

En realidad, lo que en mis vacilaciones anteriores me había hecho decidirme por Isabel, era el deseo de complacer á mi madre, que la quería mucho y aun había llegado á decirme que sería una felicidad vivir con ella. Pero en aquel encuentro inesperado acababa yo de adquirir la seguridad de que mi madre llegaría á querer también á Payito; más diré: la seguridad de que ya la quería. Y estando seguro de esto, y gustándome más Payito que Isabel, ¿por qué había yo de sacrificar mi gusto?...

Y lo que es de las buenas disposiciones de mi madre respecto de Payito, no cabía duda. ¡Había estado tan explícita!... Varias veces había repetido que era muy amable, muy llana, muy cariñosa... Aun había dicho que parecía muy buena, que era muy guapa, que tenía talento... ¿Qué más podría decir si hablara de ella con verdadero cariño?...

No creía yo que mi madre al hablar así pretendiera inclinar mi corazón hacia la mejicana... Eso no, ¡qué disparate! Ni podía pasarme por las mientes semejante idea... Mi madre se expresaba así porque se expresa siempre con sinceridad: la había producido buena impresión Payito, y lo decía sencillamente, sin pensar, ni sospechar, ni imaginar siquiera, que con ello podía

hacer daño; porque como yo la había dado á entender claramente al explicarla los *consejos* de Isabel y referirla mi última conversación con ella que no tenía nada con la mejicana, lo había creído así, estaba tranquila sobre ese particular, y no se figuraba que mi resolución de casarme con mi prima pudiera correr el menor peligro.

Verdad es que aun cuando hubiera vislumbrado alguno, tampoco hubiera dicho de Payito otra cosa que lo que sentía, porque no había de ser injusta con ella quien no lo es con nadie. A lo sumo, se hubiera callado... Y creo que ni aun eso, porque aun el callar la hubiera parecido que era algo así como hacerla un hurto del merecido elogio... ¡Tan mirada es mi madre y tan justificada en sus palabras y acciones!...

Bueno: y en resumidas cuentas... después de haber convenido con mi madre tan formalmente en tratar de mi casamiento con Isabel apenas volviéramos á Madrid, ¿iba yo á salir cualquier día con que me gustaba más Payito y con que no había ya nada de lo hablado?... Imposible... ¿Me resignaba á casarme con Isabel, si quería ella, renunciando para siempre á Payito, aun viéndola tan dispuesta en mi favor, y aun sabiendo que á mi madre la agradaba ya casi tanto como mi prima?... Tampoco... ¿Y qué hacía?... Después de mucho revol-

ver y batucar en el cerebro inútilmente los términos del problema, entreví y acaricié la esperanza de que podría yo hacer en tal forma la pretensión á Isabel y poner las cosas de tal modo que ella me diera calabazas, y entonces, haciéndome la víctima y con los fueros que da el serlo, ya me atrevería yo á decir á mi madre: «Si es que tanto la gustó á usted la mejicana, á mí tampoco me disgusta...»

La cosa, como ves, no era leal, ni noble, ni hacedera, por consiguiente; pero yo, en aquellos momentos de insomnio, no discurría con claridad, ni veía más que lo posible del buen éxito, sin reparar en perfiles...

A la mañana sentí cuando Payito fué á buscar á mi madre para ir á misa: las oí saludarse y besarse cariñosamente, y las sentí marchar.

Un rato después me levanté, pedí el desayuno, y después de tomarle me puse al balcón á ver lo que pasaba por la calle. Me vió el padre de Payito, que estaba asomado á otro balcón de la misma lancera; me saludó con la mano, porque estábamos algo lejos, y me envió una muchacha á decirme si quería que saliéramos á dar una vuelta mientras volvían las señoras. Le contesté que sí por la misma emisaria, y vino en seguida á buscarme. Me propuso ir á ver la catedral, y fuimos... Es gótica, de buena

época, pero es pequeñita; como que no fué construída para catedral, pues la diócesis es moderna, sino para colegiata, ó para simple parroquia. Dedicada á San Andrés, ó á *Sant-Anders*, como se decía en la Edad Media, es la que ha dado nombre al pueblo.

Estaban los canónigos en el coro cantando tercia, demasiado á prisa por cierto, y le dije á mi acompañante:

—Va á empezar la Misa mayor: ¿quiere usted que nos quedemos á oirla?

—Como usted quiera,—me dijo. Y nos quedamos.

Cuando se concluyó salimos, y después de dar una vuelta por el muelle de Maliaño, volvimos á la fonda, donde encontramos ya á mi madre y á Payito, que acababan de llegar de su excursión, y nos estuvieron enseñando las compras.

Hicimos luego todos juntos la segunda expedición tal como estaba proyectada... Y efectivamente: el viaje de la ciudad al Sardinero por la Magdalena es precioso... Incómodo también, eso sí, por las malas condiciones del ferrocarrilín aquél económico... demasiado económico. Pues como todo él es curvas y contracurvas, en las que la elevación del rail exterior, destinada á neutralizar la fuerza centrífuga, tiene que estar en razón inversa del radio y éste es cortísimo, resulta un desnivel muy fuerte y un

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

zarandeo insufrible, en el que van los coches siempre entornándose y los viajeros siempre cayéndose, cuándo para un lado, cuándo para otro. Pero las vistas durante el viaje son muy hermosas. Y el Sardinero también... una preciosidad algo mal cuidada.

Vueltos á la ciudad almorzamos, y al levantarnos de la mesa tratamos mi madre y yo de despedirnos. Dijeron que no la hija y el padre, que habían de ir á la estación con nosotros y allí nos diríamos á Dios; pero mi madre se opuso terminante á tal propósito, y nos despedimos en regla.

—También nosotros vamos á marcharnos de aquí pronto—dijo el padre de Payito:—cualquier día de estos saldremos para Barcelona á pasar allí este mes, y después nos iremos á la Corte, que ésta todavía no ha visto.

—Sí—añadió ella dirigiéndose á mi madre:—por Octubre vamos á Madrid, me ha dado palabra papá, y allí, si usted sigue siendo tan bondadosa conmigo, ya la veré á usted con frecuencia.

—Tendré en ello mucho gusto,—la dijo mi madre...

—Para que no se le olvide á usted mi nombre—me dijo el papá,—le voy á dejar á usted una tarjeta.

Y sacando del bolso interior de la cazadora una carterita de piel de Rusia con unas letras de oro enlazadas, me dió una tarjeta que decía en el centro, en dos renglones: *Roberto G. de la Cortina, Diputado al Congreso;* y en la esquina inferior de la derecha: *Méjico.*

Por la tarde, unos veinte minutos antes de la salida del expreso, nos llevó á la estación el coche de la fonda. Habíamos elegido sitio y estábamos paseando por el andén, cuando llegaron Payito y su padre.

—Al fin se han empeñado ustedes en venir,—les dijo mi madre.

—Como era nuestro deber,—dijo el mejicano.

—Y nuestro gusto,—añadió su hija...

Volvieron á hablar de su viaje á Barcelona y luego á Madrid, donde habían de pasar el invierno y donde nos veríamos... y de otras varias cosas...

Cuando los empleados de la estación dieron en cerrar las portezuelas de los coches, nos subimos mi madre y yo al nuestro, después de despedirnos otra vez, y á los pocos instantes silbó la máquina, comenzó el tren á moverse pausadamente, y luego más á prisa.

Payito y su padre se quedaron en el andén diciéndonos ¡á Dios! y ¡feliz viaje!...

Para mí no podía serlo, porque traía una revolución dentro del alma. Traté de disi-

mularlo dando conversación á mi madre, hablándola de los pueblos y de los paisajes que íbamos dejando atrás, mientras fué de día, y luego recordándola las cosas de la Blanca; pero á lo mejor me quedaba distraído y no la contestaba ó tardaba en contestarla á alguna pregunta...

Después que comimos en la estación de Reinosa, á eso de las ocho, mi madre se recostó en su rincón quedándose adormitada, y yo pude entregarme de lleno á mis cavilaciones. De vez en cuando el cariño á Isabel reaccionaba un poco, auxiliado por la razón, que protestaba seriamente contra la injusta mudanza; pero el corazón, caldeado todavía por las recientes miradas de Payito, se hacía rebelde, y la pasión, apoderada de él, ahogaba todas las protestas, aun las más razonables.

En Villamoros y en la Casería he estado un mes sosteniendo las mismas luchas... Vinimos á Madrid ocho días hace... y aquí me tienes hecho una lástima.

XI

CONSEJOS

Cuando Alvaro acabó su relación, los dos nos quedamos callados, él atendiendo á ver lo que yo le decía, y yo pensando lo que había de decirle.

Pasados así dos ó tres minutos, volvió él á romper el silencio diciéndome:

—Ahora, ¿qué te parece que haga?...

—¿Quieres que te dé un consejo?—le dije.

—Sí: le estoy esperando,—me respondió.

—¿Y estás dispuesto á seguirle, sea el que sea?...

—No... no estoy dispuesto.

—Entonces, ¿para qué he de dártele?...

—Para saberle, y para tratar de seguirle si tú me ayudas...

—¡Ah, ya!... No te entendía.

—Es que me preguntabas tú de un modo... Si me hubieras preguntado si quería